

843
H



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA2235

- DG

C7

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UN CRIMEN

I

La plaza de Champcey dormía al sol con el sopor de la siesta; las casas cerradas, lo mismo que las ventanas, cuyos blancos visillos estaban cuidadosamente corridos, las hacían impenetrables á las miradas; las puertas de las granjas encajadas y con las cadenas echadas, y hasta los carros desenganchados, cuyas varas se elevaban hacia los cielos como los brazos del que se despereza sin haber sacudido aún el sueño, todo respiraba impresión de siesta y de pereza beatífica.

Champcey había sido en todo tiempo una población tranquila: en la memoria de los más viejos no había recuerdo alguno de que hubiera ocurrido en ella suceso alguno extraordinario. Por mucho que el mar bramara al pie de las rocas, curiosamente cortadas, como los habitantes carecían de barcas por no tener puerto,

y como cortaban junto al acantilado los altos helechos que les servían de combustible, se contentaban con menear la cabeza á la vista de las temerarias embarcaciones que se arriesgaban en el mar bajo los furrores del temporal.

No hubieran sido ellos los que comprometieran en peligrosas aventuras sus personas ni sus capitales: transmitíanse de padres á hijos los principios de economía y de prudencia con los que, salvo el caso de enfermedad grave, se tiene la certeza de llegar á viejos y de morir rodeados de ciertas comodidades.

En Champcey se disputaba poco y no se llegaba á las manos nunca; hasta los muchachos, al salir de la escuela, si algunas veces se injuriaban, jamás se daban de puñetazos; el instinto de la tranquilidad que hace la vida larga y evita que se estropeen los sentidos, estaba muy arraigado en ellos y borraba en seguida sus infantiles discusiones, que, de no ser así, hubieran degenerado en turbulentas camorras. Enseñábanse á menudo los puños, pero no se había oído decir que las cosas hubieran pasado nunca de allí.

Sin embargo, los periódicos llegaban hasta aquel recóndito lugar; y no uno solo, sino dos, todos los jueves y todos los domingos, uno de ellos reaccionario, á que estaba suscrito el cura, y el otro radical, con destino al alcalde; pero ni aun la política tenía fuerza para turbar la tranquilidad que á los habitantes imponía la atmósfera particular de Champcey; se leían los periódicos únicamente para enterarse de las ventas de bienes muebles é inmuebles, para tener noticia de las ferias y de los mercados, y alguna que otra vez, muy rara, para conocer los sucesos de la provincia.

En aquella paz soñolienta habían nacido y luego muerto todos los habitantes de Champcey, desde los tiempos más remotos, desde que un aventurero edificó la primera vivienda en el llano.

Aun existía aquella casa histórica, construída con la piedra parduzca del país, recubierta con tocas y pizarras de color azul pálido, y conservaba, esculpidas profundamente en la cornisa, encima de la puerta, letras de aspecto cabalístico.

H. E. P. MARÍN BONAMI 1617

Lo cual significaba: Hecha edificar por Marín Bonami.

¿Quién era el fundador? se ignoraba.

El pueblo, como se ve, no era viejo: no tenía más que dos siglos y medio, y nadie podía decir ya qué era lo que había sobre el acantilado antes de que se viera en él una iglesia. Algunos arqueólogos habían ido allí en la creencia de que se debían encontrar vestigios de los romanos; otros aseguraban que en otro tiempo hubo allí brujas. Los vecinos nada sabían. Marín Bonami no dejó tras sí leyenda alguna.

Pero si no leyenda, dejó posteridad: de padre en hijo, la casa de piedras parduzcas había mostrado de noche la ventana que daba al acantilado, la pequeña ventana que daba al mar. Los pescadores que recalaban en la ensenada ó que se alejaban de ella á la hora del crepúsculo para dejar caer sus sedales sobre el banco de rocas en la marea baja, banco que hacía tan peligrosa la costa, servíanse de la luz de la ventana como de un faro para comprobar el paso y las corrientes.

A veces brillaba la ventana como un horno de fragua, y sucedía esto cuando la señora Bonami, joven ó vieja según el curso de los años, arrojaba en el hogar grandes brazadas de juncos secos cuya llama subía por la chimenea, llenando el local de alegres y juguetonas claridades. La leche bullía entonces en el enorme caldero de cobre en que se preparaba, antiguamente con salvado y desde hacía un siglo con patatas, el pasto de las bestias; el vapor rodaba en es-

piral en medio del humo, y los chicuelos Bonami, sentados junto al fogón con las manos puestas sobre las rodillas, veían cómo hervía el contenido del caldero.

Las mujeres Bonami habían ido á dormir al cementerio una después de otra, y los Bonami se habían ido desparramando por todas partes, tanto por la falta de espacio como por razón de enlaces que habían hecho entrar á las hembras en otras familias; la última tumba, la más reciente, estaba junto á la pequeña puerta de la iglesia; estaba rodeada de una verja de madera pintada de negro y se elevaba en ella una cruz blanca esmaltada de lágrimas negras que casi desaparecía bajo un rosal blanco que dejaba caer de mayo á noviembre una lluvia de hojas de rosa perfumadas sobre el nombre de Victoria Bonami, fallecida á los diez y seis años.

El sol de mediodía caía á plomo sobre el rosal bañando todas las rosas y envolviendo en un haz de sombras el brazo alto de la cruz, aquel en que estaba grabado el nombre. El último superviviente de los Bonami, cortaba acá y allá las ramas muertas del rosal y dejaba caer en torno suyo la lluvia de pétalos deshojados que determinaba el acompasado golpe de su cuchillo.

Era un hermoso mancebo de veinticinco años: tenía la complexión robusta, ó por mejor decir, vigorosa, de su raza, y en particular de su familia. Parecía tener alguna más edad de la que contaba, pero á los cuarenta años había variado poco: sus ojos azules, penetrantes y francos, serían los únicos que tomasen expresión diferente: aquel día los tenía admirablemente jóvenes y brillantes.

Marín, último de su nombre, no tenía pariente alguno; su hermana Victoria cuyo sepulcro cuidaba con atención y ternura infatigables, había muerto diez años antes de un modo misterioso: había ido decayendo y por último se había extinguido, sin padecer enfer-

medad alguna conocida. Nadie supo ni preguntó el por qué. Marín, harto joven aun, y más desarrollado de cuerpo que de inteligencia, la había llorado mucho: huérfanos, habían sido, el uno para el otro, cuanto pueden ser dos niños que no tienen á quien querer sino á ellos mismos.

Marín prefería, entre todos los parajes del país, el cementerio lleno de sol y moscas zumbadoras; el rosal, que él mismo plantó, le parecía, en verano, un amigo, al cual le confiaba sus pensamientos, como hubiera hecho con un niño á quien animara ó dirigiera. Hacía ya años que Marín no derramaba lágrimas por su hermana, pero la quería siempre y á veces creía, al hallarse junto á su sepultura, que no la había perdido.

Además, pensaba con frecuencia, que si alguna vez le ocurriese algo, sería allí, junto á aquella cruz, entre las rosas blancas, donde sobrevendría para él el suceso culminante de su vida.

Las rosas marchitas yacían todas por tierra á causa de las sacudidas bruscas de la poda hecha por Marín; éste había cerrado la navaja, que se había guardado en el bolsillo, y seguía, sin embargo allí, atraído por no se sabe qué secreto bienestar. Todo olía bien en torno suyo: el aire era tibio y fortificante, y allí, en medio del sueño eterno de los suyos, no se encontraba solo.

La puertecilla del cementerio rechinó sobre sus goznes, se abrió, é hizo ruido. Marín alzó la vista y permaneció inmóvil. ¿Era que su destino venía á buscarlo junto al sepulcro de Victoria?

Era una linda muchacha de diez y seis á diez y siete años apenas, esbelta y bien ceñido el flexible talle; sus cabellos temblorosos formaban nimbó en torno de su lindo y picaresco semblante; llevaba ocultas sus manos debajo del delantal y se dirigía á la iglesia, por cuya puerta salía el olor agradable de la cera y el incienso.

El cementerio estaba plantado de manzanos. ¿Quién

se bebía la sidra que se obtenía de aquella fruta? probablemente el pertiguero; Marín no se había cuidado de ello nunca. Las tumbas se encontraban tan bien bajo los manzanos como á pleno sol, y la recolección no perjudicaba á nadie.

En el momento en que la jovencita iba á entrar por el pórtico abierto, cayó sobre una piedra una manzana verde é hizo tal ruido, que levantó una nube de insectos asustados.

La joven se estremeció, volvió la cabeza, y pareció comprender entonces que no estaba sola en el cementerio.

—¡Mónica! — dijo Marín á media voz.

La joven se detuvo é hizo un movimiento indeciso hacia él.

—Mónica — repitió el joven, — ven aquí.

—¿No puedes venir tú — le contestó ella, — si tienes algo que decirme?

—No, ven tú.

Mónica hizo una ligera mueca; sus alegres ojos miraron al cielo, luego al pórtico, después á las tumbas, y se detuvieron por último en Marín; púsose encarnada, y dió dos pasos hacia él.

—Ven — insistió el joven, — tengo que decirte una cosa.

La muchacha se le acercó con cierta confusión y con las manos siempre enlazadas por debajo del delantal: cuando estuvo ya muy cerca de él, se detuvo y lo miró, como si la hubiera detenido un choque.

Marín había colocado su mano derecha sobre la verja de madera; atrajo hacia sí con la izquierda á la muchacha, é inclinándose de pronto hacia ella, la besó largamente y con cierto éxtasis. Cuando separó sus labios de los de Mónica, él estaba muy pálido y ella muy encarnada.

—No sabía yo que te quisiera de este modo — dijo Marín sin abandonar la verja, — lo he conocido hace un instante; al verte entrar.

Mónica se sonrió y bajó la cabeza; ella lo había conocido hacía ya mucho tiempo.

Marín la miró como si no la hubiese visto nunca, y en efecto, tal como la veía entonces, le parecía verla por primera vez.

Separando la vista de aquel rostro casi infantil que le revelaba una vida nueva, fijóla Marín en la cruz, en donde se leían el nombre y la edad de Victoria.

—¿Qué edad tienes? — preguntó.

—Diez y siete años.

—¡Qué bonita eres!

—Cada cual lo es, según puede — contestó ella como disgustada.

—Me gustas — le dijo él con dulzura.

Ella se sonrió; le gustaban los elogios, y en aquel pueblo en que eran una buena cualidad la estatura y la robustez, únicamente escuchaba burlas por su graciosa pequeñez.

El volvió á mirarla, y como si quisiera encontrar de nuevo la embriaguez de aquel beso, el primero que le había dado en la vida, se inclinó de nuevo hacia ella, pero, cambiando de parecer, sacó la navaja y cortó una ramita de rosas blancas que aun estaban en capullo.

—Toma — le dijo, — son rosas de Victoria... — y vaciló no sabiendo como formular su pensamiento, porque, acostumbrado á vivir solo, desconocía la hermosura de las frases y los detalles de la elegancia, — son las rosas de Victoria, y comprenderás desde luego que, al dártelas, es porque quiero que nos casemos.

Mónica fijó en él sus ojos con expresión alegre é interrogadora, y los bajó luego, porque la turbó la mirada del joven.

—¿Estás conforme? — insistió él al ver que ella no contestaba.

No podía él verle el semblante, porque Mónica miraba hacia la iglesia, pero observó que se le hablan

puesto encarnadas las orejas.

— Yo, sí — le contestó ella en voz baja, — pero no sé si mamá querrá.

—Vamos á preguntárselo — replicó Marín tranquilamente, como si se tratara de una cosa ordinaria de la vida.

Mónica quiso echar á andar, pero él la detuvo por una manga y la llevó junto á la cruz.

—Besa ahí — dijo indicándole el nombre de su hermana, — yo besaré después.

La joven obedeció en tanto que él tenía apartadas las ramas del rosal que hubiera podido arañarle el rostro; luego apoyó sus labios en el sitio en que ella había puesto los suyos, y después la miró con emoción profunda. Ella tenía en la mano la ramita de rosas que él acababa de darle. Marín la tomó y, con ademán á la vez casto y resuelto, se la colocó en la abertura del fichú, sin tocarle siquiera el cuerpo del vestido.

— Este es el ramo de la desposada — le dijo sonriendo y con júbilo indecible. Mónica volvió hacia él su rostro encantador y risueño, y él la besó por segunda vez.

—Vamos — dijo, — dame la mano. Quiera ó no quiera tu madre, nosotros estamos ya de acuerdo, y nuestro compromiso, después de haber besado la cruz de Victoria, es por toda la vida.

Y salieron del cementerio asidos de la mano, bajo los rayos del sol esplendoroso, bajo la influencia del alegre mes de julio, y al compás de la música de los dorados insectos que voltejaban en torno de las abiertas rosas.

II

La madre de Mónica trabajaba sentada en un ta-

burete de madera, á favor del rayo de luz que entraba por la puerta.

Era una mujer corpulenta de facciones duras y severo continente; se comprendía, al verla, que no tenía para sí más indulgencia que para los demás. La suerte no había sido clemente con ella; desde muy temprano, y siguiendo la expresión vulgar y enérgica, había tenido que ganarse la vida, y, apenas cumplió los cinco años, se la había hecho seguir de cerca á los segadores para espigar.

¡Ruda tarea la de las espigadoras! no es poética más que en las novelas y en las estampas; bajo un sol de justicia, encorvadas desde el amanecer hasta la noche, las espigadoras hacen el trabajo más rudo y menos recompensado.

Más tarde entró Clemencia á servir en casa de un labrador. A la hora en que los primeros albores del día esparcen esa claridad grisácea y triste que produce en el corazón del hombre indecible melancolía, cuando la tierra parece sentir haber sido despertada y tener que volver á emprender la labor diaria, Clemencia, con un pesado cubo de madera en la mano y agobiada por el peso de la carga, iba á los establos á dar agua á las bestias, ó bien, atravesando por la hierba mojada por el rocío, que empapaba casi hasta la cintura su zagalejo de drogueta, con un cántaro de cobre á la espalda pendiente de una correa trenzada, á ordeñar las vacas que habían pasado la noche pastando.

La primera en levantarse y la última en acostarse, la joven criada de la granja se empleaba en los trabajos más penosos mientras que los hombres descansaban. ¡Rara existencia en verdad la de esas aldeanas! Con el pretexto de que en las épocas de labranza y de la recolección apechugaban de firme, se pasaban los hombres una gran parte del año fumando su pipa, sentados junto al fuego y con las manos sobre las rodillas. De vez en cuando y sin darse mucha prisa, van á ver si el trigo crece ó si el heno está ya en condiciones de

siega, y regresan con la misma lentitud, sin pensar, en sus ratos de ocio, ni en que tal vez la encargada de la casa necesite que se le ayude en algo.

Y bien que lo necesitaría la pobre mujer y más aún su joven sirvienta, porque su faena es la misma todos los días, y sobre ella, á más de tener que ir á comprar, cuidanse de la huertecita que, sin sus cuidados, no produciría más que hierba. Pero tales faenas son viles y no son para hombres; el amo vuelve á sentarse junto al fuego, enciende otra vez su pipa y se dedica á dormirar de nuevo.

Clemencia llevó aquella vida hasta el día que se casó con un jornalero, pobre como ella. Sus ocupaciones aumentaron entonces con las de su propia vivienda. Varios hijos, que no prosperaron, habían añadido á aquella existencia laboriosa, la pesada carga de los embarazos, de los partos y de la lactancia; por último nació Mónica, y pocos años después murió su padre. Una pequeña herencia de un pariente ignorado, aseguró á la viuda una renta de ciento cincuenta francos. Esto, con la viudedad y con una hija que ya podía trabajar, era casi la prosperidad. Por la primera vez de su vida respiró Clemencia y dejó pasar todo un día sin hacer nada.

¡No tener que cuidar ya hombre alguno y tener resuelto el problema del pan nuestro de cada día! Aquello casi era la felicidad. Quizá sintiera Clemencia la muerte de su marido, pero lo cierto es que no sintió dejar de estar casada. En la vida del campo, el matrimonio es un contrato en que todas las ventajas están de parte del hombre y todos los deberes de parte de la mujer. El hombre, desde que se casa, tiene quien le lave la ropa, se la cosa y lo cuide gratis; su mujer hace, tanto en la casa como en la huerta, todo lo que él tendría obligación de hacer si se encontrara solo. Come en la mesa servido como un señor, en tanto que la mujer come en un rincón de la cocina con la cazuela colocada sobre las rodillas. Al llegar el día,

ella es también la que lo despierta cuando debe ir á trabajar. ¡Dichoso hombre, en verdad! ¡Pobre mujer, siempre esclava!

Así, pues, Clemencia se encontraba más tranquila que lo había estado nunca; pero aquella especie de dicha llegaba demasiado tarde para cambiar el carácter que su temperamento quizá, y seguramente su género de vida, le habían formado. Se había encallecido para el mal y entendía que todos eran tan insensibles para él como lo era ella. Su hija fué educada de un modo muy áspero.

Pero Mónica había sido dotada, al nacer, de una de esas naturalezas privilegiadas á las que nada desconcierta ni entristece. Su semblante picaresco había parecido siempre bonito bajo las feas gorras de indiana que le ponían cuando estaba en la cuna. Sus alegres ojos habían brillado con júbilo á la macilenta claridad del fuego escatimadamente encendido; sus cabellos rebeldes habían desafiado toda el agua de los pozos empleada sin resultado alguno en alisarlos. Mónica era alegre como un rayo de sol jugueteando en el agua; violenta y arrebatada en ciertos momentos como una tempestad del Sur; confiada y serena un instante después como un gatito que huele la crema. Tierna en el fondo, capaz de amar, coqueta sin quererlo ser y anhelante de cuanto pudiera producirle cualquier alegría, del mismo modo que cualquier otro ser humano cuyo carácter no ha sido falseado por una educación hipócrita.

En vano había enseñado Clemencia á su hija á no comer más que una sopa desustanciada y á no cenar sino un pedazo de pan: Mónica había cojido moras de los setos; sabía dónde se encontraba un cuadro de fresas silvestres junto á una cercana alameda de hayas, y no había fruto silvestre que, según la estación, escapara á sus blancos dientes tan golosos de cosas buenas como de risas. Por más que su madre cargara sobre sus delicados hombros un pesado fardo de ropa seca ó mojada

al ir á lavar ó al volver, Mónica encontraba siempre la manera de descargarse de él, catequizando con una mirada ó con una palabra al primer aldeano que encontraba al paso conduciendo su carretón ó llevando su caballo de la brida, pues sabía inspirar el grado de compasión necesario para que le tomaran la carga y se la llevaran hasta la encrucijada más próxima. En el huerto escardaba con ardor hasta el momento en que, cansada, se sentaba en cuclillas y con los brazos caídos para ver volar las golondrinas, altas, tan altas, que le producían vértigo, y si no acababa su tarea, le importaba poco; prefería que le pegasen á trabajar contra su gusto. No por eso era perezosa, y cuando ponía mano á cualquier obra, hacía más que otra, en la mitad del tiempo.

Todos la querían: su madre, bajo su aparente rudeza, adoraba en ella.

Había ido á la escuela como las demás, y había aprendido á leer, casi á escribir, y á contar muy bien. Su madre la había enseñado á coser y á hacer media, y una vez terminada de aquel modo la educación de Mónica, habían empleado ambas el tiempo en trabajar á jornal en las granjas circunvecinas, unas veces como costureras y otras como lavanderas, pero rodeadas siempre de cierta consideración. En aquel país, que tiene costumbres muy singulares, la costurera es un personaje, porque sabe lo que ignoran las demás; las manos de las mujeres, deformadas por el trabajo grosero, no son hábiles para el manejo de la aguja y de las tijeras.

Clemencia cosía una falda de estameña para una vecina, cuando oyó resonar fuera el paso vivo y resuelto de Mónica: el paso de hombre que sintió acompañando al de su hija, le hizo levantar la cabeza y vió, sorprendida, que Marín Bonami franqueó el umbral de su puerta.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó con su rudeza habitual, aumentada aún con ese modo poco hospitala-

rio con que las gentes de la comarca acogen á los recién venidos.

—Muchas cosas, Clemencia—le contestó el joven quitándose el sombrero, que volvió á ponerse en seguida; — ó más bien, una sola...

Su mirada se fijó en Mónica: esta, muy encarnada y extraordinariamente grave, se había sentado en el extremo de un banco que se hallaba junto á la mesa. No recibiendo ánimos por aquel lado, Marín fijó su mirada en el rostro anguloso de Clemencia, encarado con él. Como no se le dijo que se sentara, permaneció en pie.

—¿Y qué? — preguntó la anciana.

—Que me quiero casar con Mónica—contestó Marín sencillamente.

Clemencia dejó caer las tijeras y miró á su hija.

No se le veía á esta más que el cuello bajo la dozada nube de sus cabellos que se esparcían por su nuca: las bridas de su gorrita blanca le ocultaban casi por completo la oreja, pero lo poco que de esta se veía era del color de las rosas de rey.

—¿Como es eso?—exclamó Clemencia recogiendo las tijeras.

—Como he tenido el honor de decirle á usted—repuso el joven.

La anciana se levantó, se fué hasta el fondo de la habitación para dejar sobre la cama cubierta de indiana oscura la obra que tenía entre manos, y luego volviendo, presentó á Marín una silla de paja, y le dijo, tomando ella asiento:

— Marín Bonami: siéntese usted.

El joven, sorprendido, obedeció ruborizándose de contento ¿era, pues, bien recibido?

—¿Me pide usted á mi hija?—dijo Clemencia con calma.

—Sí.

—Pues bien, joven: la petición de usted nos honra mucho, pero la rechazo.

— ¿Por qué? — exclamó Marín, que dió un salto en la silla.

— Porque usted no tiene bienes algunos; porque á mi hija le sucede lo mismo, y porque no quiero juntar el hambre con la sed.

— Podemos trabajar—dijo Bonami pausadamente.

Clemencia hizo un gesto en que se resumían todas las amarguras de su vida.

— Conozco lo que es eso. Se casan las personas, muy jóvenes, para sufrir más tiempo; se tiene luego una caterva de hijos; se mata una educándolos, y se hace vieja antes de tiempo. Yo he pasado por eso: mi hija no pasará.

Mónica dirigió á su novio una mirada y le dejó ver su lindo rostro contrariado: una adorable mueca en sus labios burlones y una expresión inquieta de pesar que hubieran afeado á otra, le hicieron á ella más seductora que nunca. Marín le dirigió á su vez una mirada profunda y desesperada: por un instante no se oyó más que el tic tac del reloj.

— Sin embargo—replicó el joven expresándose con alguna dificultad—usted no carece en absoluto de bienes, y yo tengo la casa de mi padre con un campo y la huerta: no es mucho, pero siempre es mejor que no tener nada.

— Usted lo ha dicho, joven, no es mucho, porque me consta que no vive usted, muy holgadamente.

Bonami se sonrojó al fijar sus ojos en la blusa que llevaba puesta y ver sus remiendos. Clemencia los canocía perfectamente por haberla remendado ella, no llevando más que el precio justo, porque era mujer de conciencia.

— Verdad es—dijo la costurera—que yo poseo algunos bienes, pero no los enagenaré mientras viva: he padecido mucho en mi vida para querer padecer de nuevo sin necesidad. Cuando yo muera me heredará mi hija; hasta entonces no tendrá un céntimo, y no hay que hablar más sobre esto.

— No le he hecho á usted esa observación con objeto de pedirle nada—replicó el bravo mozo algo amoscado—yo me llevaré á Mónica con lo puesto y sabré trabajar para los dos.

— Para dos, sí; pero no para tres, para cuatro ó para diez. No, Marín; lo siento mucho por usted, porque es usted un hombre honrado; pero no ha debido usted concebir tal pensamiento. Y tú, Mónica, te prohíbo que pienses en ello, ya lo oyes.

Mónica había inclinado la cabeza: había oído perfectamente, pero ¿obedecería? La cosa era distinta.

Marín Bonami se levantó.

— Volveremos á hablar de esto otro día—dijo con innata cortesía, meritoria en un hombre tan sencillo—hoy no quisiera contrariarla á usted.

Ni hoy ni nunca — replicó Clemencia con sequedad.

— Eso ya es otra cosa — dijo Marín, — Mónica y yo nos hemos comprometido: hace poco, junto á la iglesia, hemos besado la cruz de Victoria: es cosa hecha, y no se deshará: lo único que hay es que no corre prisa y que esperaremos á que haya usted reflexionado. Hasta la vista, Mónica. Hasta más ver, Clemencia.

Se dirigió hacia la puerta: la costurera le llamó.

Marín, venga usted aquí: ¿dice usted que se han comprometido? ¿cuándo?

— En el cementerio hace un instante.

La anciana guardó un silencio preñado de tempestades.

— ¿Y no quiere usted rescindir el compromiso?

— Imposible, Clemencia.

— Eso lo veremos—exclamó ésta cuyo carácter violento, oculto de ordinario bajo aparente calma, surgía á veces con energía salvaje.—¿Y tú has hecho eso, desgraciada—añadió dirigiéndose á Mónica—una chiquela que aun no tiene diez y siete años, sin permiso de su madre? ¡Está muy bien, muy bien!

Y se fué sobre ella en actitud amenazadora: Marín se interpuso entre ambas.

—No le pegará usted en presencia mía—exclamó él densamente pálido.

—Tiene usted mucha razón—le replicó Clemencia deponiendo en el acto toda su cólera.—Váyase usted y déjeme arreglar mis asuntos de familia.

—¿No le pegará usted?

—Eso no es cuenta de usted, joven, porque usted no es yerno mío. Vamos, márchese.

La costurera parecía haber recobrado la calma, y sus ademanes no tenían nada de amenazadores. Marín, bastante confuso, saludó quitándose el sombrero y se fué dirigiendo á Mónica una mirada que testimoniaba, mejor que todas las firmas del mundo, su promesa de casamiento; pero no se alejó mucho: á pocos pasos de la casa había un tronco derribado en disposición de ser convertido en leña, y se sentó en él y aguzó el oído.

Clemencia no se tomó el trabajo de cerrar la puerta. En aquel rincón de tierra no se cierran las puertas más que cuando salen los dueños y durante la noche. Tan pronto como se fué Marín, la costurera llamó á su hija con acento imperioso.

—¿Qué te ha dicho?—le preguntó de un modo conciso.

—Me ha dicho que quería casarse conmigo.

—¿Así, de sopetón?

—Así ¿cómo quería usted que me lo dijera?

La joven, casi indignada, levantó los ojos y miró á su madre frente á frente. Clemencia no contestó á aquella pregunta embarazosa.

—¿Y después?

Después me dió una rama con rosas... aquí están—dijo Mónica señalando el ramo colocado en el cuerpo del vestido: son de la tumba de Victoria, y él no consiente que nadie las toque. Y luego, los dos hemos besado la cruz y nos hemos venido aquí.

Nada más sencillo ni más inocente. Mónica había vuelto á colocar las manos debajo de su delantal y parecía estar perfectamente tranquila: su madre la mi-

raba con cierta mezcla de cólera y de tristeza.

—¡Críe usted hijos para que apenas suelten los andadores se le suban á las barbas!—dijo con amargura.—Te prohíbo que pienses en ese joven: ese hombre no es para ti.

Mónica permaneció inmóvil: con la cabeza baja y las manos bajo el delantal, personificaba la resistencia pasiva, cuyo parecido con la resignación engaña hasta á los más astutos.

—Si te vuelve á hablar de eso, despídelo y ven á decírmelo ¿lo oyes?

Mónica hizo con la cabeza una señal afirmativa que quiso decir «lo oigo». Las personas ingenuas tienen formas jesuíticas para interpretar sus actos.

—¡Una mocosa con un descamisado! — murmuró Clemencia.—Tiempo te queda para tener novios. A Dios gracias, no es eso lo que falta. Si las muchachas quisieran los tendrían á docenas.

—Eso no es tan seguro—pensó Mónica—algunas he visto yo, no lejos de aquí, que se han quedado para vestir santos; pero no merece la pena de contrariar á mi madre por tan poca cosa.

—Ya me has comprendido, y ahora, ve muy derecha, porque si no....

Clemencia no acabó la frase. Fijándose en las rosas blancas, las arrancó del fichú y las arrojó á la calle: Mónica las siguió con la vista, pero no opuso resistencia alguna.

La costurera, desarmada por aquella aparente sumisión, volvió á cojer la costura y á sentarse en su taburete. Mónica cogió una cubeta de cobre por cuya asa metió el brazo.

—¿A dónde vas?—le preguntó su madre que estaba á mil leguas de pensar que el pretendiente deshauciado estuviese tan cerca de allí

—A buscar agua á la fuente—repuso la joven—por eso salí hace un rato, pero me olvidé del cántaro.

Sin fijarse en el acento irónico de aquella frase,

Clemencia dejó salir á su hija. Apenas llegó ésta á la calle, recogió el ramo de rosas caído en el polvo, y, llevándolo en la mano, se dirigió hacia Marín que, al verla llegar, se puso pálido.

—Toma—le dijo ella al pasar despacio y sin detenerse junto al trastornado joven—guárdalas, porque me las quitarían. Mi madre no quiere, pero quiero yo, y yo seré la que gane. Vete: ya sabré yo encontrarte.

Pasó ella y él permaneció suspenso: jamás hubiera él tenido aquel valor ni aquel aplomo, y estaba maravillado.

— ¡Qué lista es, Dios mío, qué lista es! — pensaba al regresar á su casa. ¡Y qué orgullosa está de quererme, y cuánto la quiero yo!

Entró en su vieja casa, se sentó en el banco y pensó en la escena del cementerio, hasta que la cabeza empezó á darle vueltas.

III

La luna de julio se elevaba lentamente por el espacio inundándolo de indecible esplendor: hecho un tercio de su carrera, proyectaba sobre el acantilado una sábana de luz en la que se marcaba, á manera de un encaje, la sombra de la masa de rocas que dominaba el mar.

Vistas desde lo alto, todas las olas parecían pequeñas: éstas se estrellaban incesantemente sobre los arrecifes que hacían inabordable la costa, corriendo con apresuramiento febril en torno de las grandes rocas negras que escalaban con rapidez para caer deshechas en lluvia de plata: parecían luminosas: su blancura se armonizaba deliciosamente con el azul oscuro del mar en el que, grandes rayas profundas, casi negras, determinaban la presencia de las más próximas ahov-

dando el espacio comprendido entre las mismas: en sus contornos, su espuma semejaban virutas de cristal. Desde aquella altura, su mugido no tenía nada de amenazador: fresco y regular, evocaba la idea de un cristal rompiéndose incesantemente sobre otro cristal.

Ni una sola vela á lo largo. Algunos puntos oscuros indicaban las barcas de pescadores fondeadas sobre sus anclas: en el Océano como en la tierra, quietud absoluta.

Los grandes árboles levantaban en los pliegues del terreno sus arrogantes copas plateadas; los carneros, dormidos, formaban á un lado de las rocas, grupos de forma circular y de matices opacos; todo parecía sumido en el tibio calor de una caricia, y la gran luz amarillenta era tan cálida, casi, como la de un día de otoño.

No era aun tarde, las nueve á lo sumo. Había sido llevado el centeno á Champcey, y las últimas carretas, apenas desenganchadas, levantaban en alto sus brazos cargados de cadenas; algunas luces oscilaban en las casas del pueblo próximas al acantilado el otro extremo de la población, menos distante de los terrenos de labor, dormía ya, porque aquel día había trabajado de lo firme, y el siguiente prometía ser también de ruda faena, á causa del buen tiempo. Marín Bonami, en vez de hacer como los demás y de irse á acostar concluida la cena, salió á su huertecito y miró hacia el mar.

¡Estaba este tan azul, tan tranquilo, tan fresco á la vista después del calor de un largo día de verano!... Una bocanada de aire que venía de la parte de arriba, le llevó á Marín el aroma de las rosas blancas que crecían en el cementerio, y pensó súbitamente en Mónica, como si la tuviera ante sí.

Desde la víspera no la había visto sino de lejos. En aquel día de siega que todo Champcey lo había pasado al sol, había visto la silueta graciosa y la gorrita blanca de la joven ir y venir por encima de los centenos: ella había hecho su faena como las demás

trabajando con las hijas del señor alcalde, y, según creyó Marín, más seria y menos de prisa que de costumbre, pero él no había podido hablarle.

Aquella hora deliciosa en que la tierra olía tan bien; en que el mar tenía la dulzura de una amiga; en que la luna parecía ponerse, á propósito, muy rubia, muy dorada para estar más cerca y más tibia, era una hora de melancolía tierna y profunda para las almas no satisfechas. Hubiérase dicho que todo quería sonreír al hombre y hacerle agradable la vida; pero cuando las cosas son buenas y favorables, nada hay tan doloroso como ellas para aquél que no puede desechar el pensamiento de su sueño irrealizado, de su deseo inasequible.

Lentamente, con la cabeza baja como si buscara en la arena de los senderos la huella de una visión querida, Marín franqueó la puerta de su huerto y tomó el camino del acantilado.

Sentíase fresco bajo los avellanos cuyas ramas se juntaban en algunos parajes por encima de él y proyectaban sobre la tierra, ampliamente iluminada, la sombra de sus hojas desiguales. El arroyuelo que iba desde ellos al Océano, como si fuera un río, murmuraba gentilmente bajo los berros y acompañaba al solitario paseante.

El olor de los henos tardíos subía desde alguno que otro pliegue del valle con el canto cristalino de las olas del mar: el sendero se hundía rápidamente bajo los pies del soñador como si fuera á caer de repente en el mar.

Los avellanos se detenían allí, junto á una fuente clara y poco profunda rodeada de anchas losas donde las lavanderas depositan su ropa y se arrodillan para lavar. El agua era un espéjo sin arrugas y en ella se proyectaba como una fantasía japonesa la tenue sombra de las ramas de un manzano.

Marín miró la fuente y se detuvo pensativo.

¡Cuántas veces había visto allí á la que ahora ama-

ba con un amor tan tierno y tan fuerte que le llegaba hasta el fondo del alma! Muy joven, pero ya encantadora por la gracia de su mirada y de su sonrisa, Mónica lo había atraído como una flor abierta á la orilla de un seto á la cual se la admira sin pensar siquiera en ella. Endeble y delgada erguíase sobre el agua cubierta con la espuma del jabón, separaba los cabellos que le caían sobre la frente tapándole los ojos, y miraba en torno suyo con semblante inquieto, si pasaba por allí alguien que pudiera llevarle la pesada carga de la ropa mojada.

¿Era una simple casualidad que los días que Mónica lavaba en el sitio de Clairefontaine, tuviera Marín algo que hacer siempre en el acantilado? El así lo había creído hasta entonces, y ahora echaba de ver que no había sido dueño de proceder de otro modo. Que quisiera ó no, el arrogante mancebo silencioso, era inevitablemente atraído por la jovencita de ojos risueños, y, antes que dejarla llevar á ella la ropa á su casa, hubiera perdido él su jornal diez veces, como antes que decirle que concluyese de lavar, hubiera renunciado para siempre á encontrarla.

Y únicamente la víspera fué cuando leyó de un modo claro en su alma. Parece raro que pase uno tanto tiempo sin conocer una cosa, y que, una vez descubierta nos ciegue como el sol de mediodía. ¿En qué había estado pensando para no haber comprendido antes que estaba enamorado de Mónica?

Aquel mocetón de veinticinco años se ruborizaba como una jovencita al confesarse que estaba enamorado, ¡enamorado como un loco, como un imbécil! Comprendía que por poder enrollar con sus dedos el fleco del delantal bajo el que Mónica escondía sus manecitas morenas, se hubiera sometido á cualquier trabajo sin retribución alguna. Ella lo quería, y este pensamiento le producía la impresión de una felicidad tranquila y eterna. Por más que Clemencia no quisiera, Mónica sería para él. ¿Había quien pudiera resistir á

Mónica cuando ella quería verdaderamente algo?

Marín miraba á la fuente, como si en el cristal de sus aguas hubiera vuelto á ver la imagen de la niña amada, con sus cabellos juguetones y su gorrita blanca. Hubo un instante en que se inclinó como para buscar su rostro en lo más profundo del agua...

Un paso rápido hizo rodar los guijarros en el sendero escabroso. Avergonzado de ser sorprendido en flagrante delito de soñar despierto, trató de seguir adelante, pero antes tuvo la curiosidad de ver que otro ser, tan absurdo como él, podía haberse propuesto ver el mar á una hora tan inusitada, y... bajo el arco elegante de los sombríos avellanos, descubrió á Mónica que se había detenido como asustada.

Había corrido y respiraba jadeante, casi ahogada.

—¿Tú?—exclamó Marín.

—Sí, yo, yo que te busco—respondió ella sencillamente.

El no se atrevió á acercársele: ella avanzó y se encontró en pleno círculo de luz: sus sombras formaban una pequeña mancha negra sobre el camino.

—Mi madre duerme—dijo Mónica—si se despierta le diré que me había olvidado de recojer la ropa tendida á secar en el campo... Quería verte.

—También yo te quería ver á ti—murmuró Marín.

El sabía mejor hablarse á sí que hablar á los demás; pero Mónica era casi como él mismo, y prosiguió:

—Comprenderás que la negativa de tu madre no significa nada. De otra parte, ya me lo has explicado tú ayer.

—Es verdad—dijo Mónica.—Le he dicho á mi madre que si no me dejaba casar, me iría á servir á la ciudad.

—¿A servir?—exclamó Marín palideciendo.—No quiero yo.

—¿Torpe! comprende que lo he dicho por decir, y que yo no iré.

—¿De veras?

—Con toda seguridad ¿Cómo quieres que me vaya, cuando...

La joven se sonrió, bajó la cabeza y se calló. Marín le asió una mano y la miró á los ojos, pero no la veía bien, y con un ligero movimiento la puso, como él estaba, en plena luz.

—¿Me quieres?—le preguntó con su voz grave.

Ella meneó precipitadamente la cabeza y se sonrió.

El conservaba en la suya la fresca manecita de la joven y una felicidad sin límites invadía todo su ser: después de haberla mirado largo rato, dirigió su vista hacia el lavadero.

—Creía verte allí hace un momento—dijo.—Te he esperado ahí muchas veces.

Mónica retiró la mano con el gracioso movimiento de un pájaro y, acercándose á las losas, se inclinó sobre el agua.

—Se ve una ahí casi como en el lleno del día—dijo.—Mira.

El se acercó para ver é inclinó su cabeza sobre la de Mónica hasta colocar sus labios en la frente de ésta.

—Parece un retrato—dijo la joven sin turbarse.

El la había cogido con su brazo derecho y permanecía grave como si estuviera en un templo: ella prorrumpió en una carcajada.

—¡Oh!—exclamó.—¡Qué bonito es esto! Mira: parece que entre los dos no tenemos más que una cabeza.

El la separó con dulzura á dos pasos de la fuente.

—Ven conmigo á la orilla del mar—le dijo.—¡Es esto tan hermoso!

Mónica dirigió una mirada al mar que brillaba con cabrilleos de plata.

—Temo que se despierte mi madre; no me atrevo.

—Ven á pesar de eso—dijo Marín.

Ella no resistió más. Bajaron corto trecho por el rápido sendero y se encontraron en una eminencia cubierta de musgo en la que grandes rocas formaban como una especie de asientos: se sentaron en una de

ellas de frente al horizonte.

—¿Conque es verdad que tú no quieres ir á servir?
—preguntó Marín con cierta inquietud.

—¿No te he dicho ya que no? Aunque, después de todo, no sería un mal negocio: mi madre se aburriría sin mí y me haría volver en seguida.

—¿Y si no se aburría?

—Entonces me aburriría yo—repuso prontamente la joven apoyándose con un movimiento picaresco en el hombro de su novio, que le ciñó el talle con su brazo.

—¿Es verdad—le preguntó éste con voz lenta—que no podríamos vivir el uno sin el otro?

—¡Sí, es verdad, mucha verdad! Buenas noches, Marín; es preciso que me vaya.

—Todavía no.

—Sí, porque si no, me pegarán.

Marín se puso en pie inmediatamente.

—Vete—dijo—te acompañaré.

—No, ¡porque si alguien nos viera!...

—¡Tienes más talento que yo!—exclamó Marín admirado de tanta previsión.—Vete.

La abrazó otra vez y ella se marchó corriendo, trepando sin fatiga por la escarpada pendiente. Cuando los avellanos la envolvieron en su sombra, él volvió á sentarse en el sitio que ella acababa de dejar, y miró en torno suyo.

La luna, menos dorada, más blanca, tenía el aspecto más frío. Una ligera ráfaga de viento hizo estremecer las hojas de los árboles: en el obscuro fondo del cielo empezaron á dibujarse las estrellas. También estaba más sombrío el mar, el oleaje era más profundo: todo había perdido su aspecto más austero; pero la felicidad anidaba en el corazón de Marín.

—¡Qué hermoso es todo eso!—exclamó de repente.

Y permaneció mucho tiempo sentado en la piedra de granito, en tanto que allá abajo, muy por bajo de él, las olas con su lejano ruido de cristal roto, fran-

jeaba de plata las rocas cien veces cubiertas y descubiertas.

IV

—Está bien: me iré á servir á una ciudad.

Con las mejillas encendidas, los labios burlones y los ojos bajos preñados de muda cólera, Mónica permanecía de pie ante su madre: ésta, que hilaba en la rueca, arrancaba metódicamente pulgaraditas de rubio lino, y, para sujetarlas, se pasaba de vez en cuando el índice por sus labios, pero sus labios, estaban secos y el hilo se rompía con frecuencia: la joven, que lo veía, seguía con movimiento irónico el movimiento del artefacto.

—Iré á servir á una ciudad, puesto que á usted le agrada más eso que tenerme aquí en el pueblo. Y luego, si usted no está contenta, pues bien, tanto peor.

—¿Y me hablas tú de ese modo?—dijo Clemencia estupefacta deteniéndose tan de repente que el hilo se le rompió y la rueca se le escapó de la mano.

Mónica no contestó, pero se grabó en su semblante una impresión maliciosa.

—¿Eres tú, mi hija, á quien yo he criado, la que me hablas así?—repitió Clemencia, más bien conmovida que encolerizada.

—¿Qué quiere usted que yo le diga?—contestó la joven levantando la cabeza.—Le he pedido á usted permiso para casarme y usted me ha prohibido que piense en ello. Le he pedido á usted permiso para irme y no me ha dicho usted que no. He creído, pues, que usted prefiere verme lejos á verme casada. Creo también que, en el fondo, usted me quiere lo mismo, y que se aburrirá cuando yo me vaya. No hay, por lo tanto, motivo para que usted se incomode, madre.